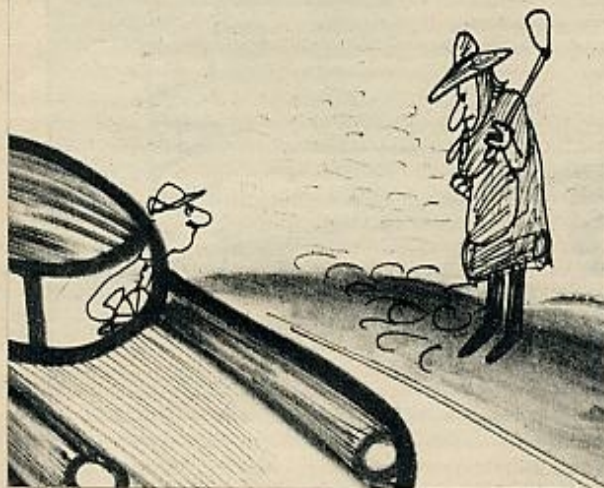




CHUMY  
CHUMÉZ



—Migrar lo que se dice migrar, no. Lo que hace el personal de esta comarca es marcharse para siempre.

una buena noticia

ENTRE las muchas y significativas ausencias de nuestra escena, las más aparatosas han sido, durante años, las de Valle Inclán, Brecht y Jean Paul Sartre. De Valle aún no puede decirse que esté donde debe estar, pero es obvio que no ha adelantado mucho. Hoy, aunque ni "Lucas de bohemia", ni "Los cuernos de don Friolera" estén estrenados, nadie se atreve a decir que don Ramón no es un dramaturgo. Pasaron los tiempos en que se le consideraba un simple maestro de la lengua: el gran éxito del último programa del María Guerrero no ha dejado la menor duda en cuanto a la vigencia formal e ideológica del teatro vallesiano. La batalla entre la vieja crítica y las nuevas generaciones está, pues, liquidada. Aunque los escenaristas no hayan retreadado todavía en la medida necesaria lo que es ya un hecho cultural indiscutible.

En cuanto a Brecht ya son tres los títulos comerciales estrenados: "La ópera de perra gorda", "Madre Coraje" y "La persona buena de Sección". El proceso aquí es al servicio de una nueva concepción de la sociedad, del hombre de la era científica, y del papel transformador que debe jugar la representación dramática. Es una teoría abierta, apoyada en muchos antecedentes, y ofrecida por Brecht como una meditación que debe ser proseguida. Es también, y sobre todo, una estética derivada de una actitud ideológica.

A España, en cambio, por obvias y múltiples razones —la fundamental, el retraso— Brecht ha llegado como un cuerpo doctrinal cerrado. Formar un actor épico, por ejemplo, es cosa de años. Aquí, de la noche a la mañana, hemos tenido que improvisarlo. Y quien habla de actores, habla de todos los elementos que configuran el fenómeno dramático, crítica y público incluidos. Las consecuencias, independientemente del nivel alcanzado por cada uno de los espectáculos citados, han sido de dos órdenes: la "beatería brechtiana", de un lado y las recusaciones más o menos gratuitas de Brecht del otro, sin que haya dominado todavía esa voluntad de comprensión y trabajo que habrá de señalar, en su día, la asimilación española de Brecht. Su digestión desde y para nuestra circunstancia.

Y que nadie se moleste por lo que digo, ya que señalo aquí las posiciones generales y no las excepciones. Yo mismo soy parte de uno de los tres espectáculos citados, y es lógico que procure escapar, en la medida de mis fuerzas, a la apuntada beatería. Entender a Brecht es, ante todo, historizarlo y yo sé en qué lugar y en qué época vivo. Concluyamos, pues, diciendo de Brecht algo parecido a lo que hemos dicho de Valle: que ya está en nuestros escenarios, aunque quede mucho camino por delante.

El tercer "gran ausente", Jean Paul Sartre, será estrenado la próxima temporada. Primero, en Barcelona. Después, en Madrid. Los títulos en concreto serán "La ramera respetuosa" y "Huis Clos". Nuria Espert y Adolfo Marsillach se han unido para la temporada catalana. Las versiones son de Alfonso Sastre. Los textos han salvado ya el trámite de la censura, el teatro está firmado —el Policarraz— y el hecho es ya seguro.

Yo creo que ésta es una buena, excelente noticia. Quizá Sartre no sea fundamentalmente un dramaturgo, pero, sin duda, es una de las grandes personalidades de nuestra época, y el teatro figura entre sus medios habituales de expresión. Contra con Sartre es tener en la mano una baza cultural de primerísimo orden y nuestra próxima temporada tiene ya en Sartre uno de sus autores clave.

Sospecho que, llegada la ocasión, todos diremos aquello de que Sartre llega con muchos años de retraso. Lo paradójico será que lo dirá más de uno que ha contribuido a que este retraso se produzca. También habrá —como ha ocurrido con Brecht— más de alguna dogmatización inoportuna, empeñada en decirnos lo que es y no es Sartre por encima y al margen de los textos dramáticos concretos en cuestión. Maies todos ellos derivados, en definitiva, de la "ausencia" de los autores, de la falta de una auténtica comunicación con su teatro. Y decir teatro no es decir texto literario, sino representación, hecho social, confluencia de un público y unos actores sobre un escenario.

Supongo que tras "La ramera respetuosa" y "Huis Clos" todo el teatro de Sartre estará al alcance de las empresas y, por tanto, de nuestro público. Hasta la fecha ni nosotros ni Sartre lo hicimos posible. Yo quiero felicitar a nuestro público por la recíproca modificación de criterios. Porque nada se oponga a que un texto de Sartre suba a un escenario español y porque el propio espectador haya comprendido —como un día los familiares de García Lorca— que la misión última de toda literatura es ofrecerse, sufrir la prueba de la comunicación, en cualquier lugar y en cualquier tiempo.

JOSE MONLEON